

Nunca me han visto enmendada,
viviendo siempre con ellas.
Porque más no las estrague,
es razón, Angel bendito,
que castiguen mi delito:
quien tal hace que tal pague. (Llora.)

ANGEL. Mirando está tu humildad
tu Esposo, á quien enamoras
con las lágrimas que lloras,
porque con su Majestad,
sus méritos aventaja
quien pequeño se parece;
tanto más la fuente crece
cuanto el agua suya abaja.
Tú crecerás hasta el cielo,
pues hasta el suelo te abates,
y porque conmigo trates
cosas que te den consuelo,
en pago de las afrentas
que presto has de recibir,
te quiero, Juana, decir
los milagros que tus cuentas
tienen de hacer en España.

SANTA. ¡Qué buena conversación!
ANGEL. Sentémonos, que es razón.
SANTA. ¿Yo con vos? ¡Merced extrañal
De rodillas, Angel, sobra
para mí.

ANGEL. Tu familiar
soy.

SANTA. Así tengo de estar.
Sentaos vos.

ANGEL. Aunque no cobra
mi angélica agilidad
cansancio del movimiento,
por no ser en mí violento,
con más familiaridad
y amor en esta ocasión,
porque consolarte espero,
sentarme, mi Juana, quiero
contigo á conversación. (Siéntase.)
Los venturosos rosarios
que la Majestad inmensa
en su soberano Alcázar
tuvo en sus manos eternas,
salieron con tantas gracias
como se esperaba de ellas;
que manos de Dios no saben
hacer mercedes pequeñas.
Las virtudes de los *Agnus*
que el vice-Dios en la tierra
concede, esas mismas dió
Cristo, tu Esposo, á tus cuentas.
Gracia de sacar demonios;
contra tempestades fieras;
contra enfermedades varias;
contra tentaciones ciegas,
y otros muchos privilegios
que son sin número y cuenta;
que cuentas que al Cielo suben
el Cielo es bien baje en ellas.
Han de ser tan estimadas
como es justo, que son prendas
que en fe de su amor dió Cristo
á Juana, su esposa tierna.
El segundo Salomón,
Filipo (cuya prudencia

hará á la justicia y paz
que otra vez á España vuelvan),
una destas cuentas santas
tendrá con la reverencia
que promete el que ha de ser
de la cristiandad defensa.
Y luego el tercer Filipo,
con su Margarita bella,
los pacíficos, los santos,
tendrán en otras dos cuentas
sumado el valor y estima
de sus célebres riquezas,
por ser joyas con que el alma
se compone y hermosea.
Clemente octavo vendrá
á esta casa antes que sea
de la barca de San Pedro
patrón y rija la Iglesia,
y con una cuenta tuya
á Roma dará la vuelta,
con que adorne la tiara
que ha de ilustrar su cabeza.
El santo fray Julián
de tu Orden (que en herencia
en Alcalá, de Francisco
será ejemplo de inocencia),
y fray Francisco de Torres,
de quien este reino espera
milagros y maravillas
que sus vidas engrandezcan,
estas cuentas soberanas
han de estimar de manera
que con su autoridad pongan
freno á desbocadas lenguas.
Veinticuatro religiosas,
del falso espíritu opresas,
tienen de quedar en Francia
libres y sanas por ellas,
y si algún endemoniado
una cuenta destas llega,
apenas la tocará
cuando se libre de penas.
Tres ciegos cobrarán vista,
á dos mudos darán lenguas,
oirán por ellas los sordos,
cobrarán salud perfecta
enfermos de corazón,
de fiebres, de pestilencia,
de costado, de cuartanas,
de garrotillo, de lepra;
serán único remedio
contra los que desesperan
de Dios, y harán que, contritos,
se arrojen á su clemencia.
Desterrarán tempestades,
amansarán las tormentas,
sin que los rayos furiosos
hagan daño en su presencia.
Contra espantos y visiones
serán medicina cierta;
darán sosiego y quietud
á escrupulosos conciencias,
y entre los muchos milagros
que ha de obrar la fe por ellas,
los que se comprobarán
tienen de ser más de treinta.
Todas estas maravillas

ha de hacer Dios, por que entiendan
lo mucho que te ama, Juana.
Mira si es bien que padezcas
por tan liberal esposo.

SANTA. ¡Ay, Angel divino! ¡Vengan
trabajos y menosprecios,
persecuciones y afrentas,
que si paga á letra vista,
Dios, en tan rica moneda,
y antes que á cuentas lleguemos,
son en mi favor las cuentas.
Sin cuenta quiero serville.

ANGEL. La Vicaria es ya Abadesa;
el oficio te ha quitado;
ya tus trabajos comienzan,
Job de España, ya ha llegado
el tiempo en que ha de hacer prueba
del oro de tu constancia
el toque de la paciencia.
Contigo quedo, ten firme. (Vase.)

SANTA. Si mi guarda os encomienda
mi Esposo, ¿qué importan olas
en sufrimientos de piedra?

ESCENA V

Sale la VICARIA, ya ABADESA, y las MONJAS.
LA SANTA.

ABADESA. Ya, hermana, ha querido el Cielo
que los embustes se sepan
de su santidad fingida
para que remedio tengan.
Nuestro Padre Provincial
escandalizado queda
de modo de sus excesos,
que se ha partido sin verla,
y quitándola el oficio
me eligió por Abadesa
(contra mi gusto por cierto);
mas obedecer es fuerza.

SANTA. Nuestro Padre Provincial
en tan justa elección muestra
su cristiandad, su virtud,
su gobierno y su prudencia.
Que sin verme se haya ido
y mis culpas aborrezca
no me espanto, que es un santo,
y yo digna de las penas
del infierno. Aquesos pies,
aunque yo no lo merezca,
ponga, madre, en esta boca.

ABADESA. No me hable de esa manera;
hipócritas humildades
en mí han de hacer poca mella.
Alcese del suelo, acabe.

SANTA. Si todos me conocieran
como ella, madre, ¿en qué poco
me estimaran y tuvieran
los que me juzgan por santa
siendo el mismo vicio! Es cuerda
y conoce mis pecados.

ABADESA. Con fingidas apariencias
no me ha de engañar, hermana;
escuche la penitencia

que me manda que la dé
nuestro Padre.

SANTA. ¡Qué pequeña
comparada con mis culpas
será, por grande que sea!

ABADESA. El velo manda quitarla. (Quitasele.)

SANTA. Hace bien, que quien no vela
con las vírgines prudentes
hasta que el Esposo venga
bien merece que la quiten
el velo y que con la puerta
la den. ¡Ay de mí, que soy
una de las cinco necias!

ABADESA. Manda que todas las monjas,
hermana, la den en rueda
una disciplina.

SANTA. Es justo
que á Dios pague en la moneda
que pagó por mis pecados;
cinco mil azotes fueran
más justos en mí que en El.
Ya me alivian esas nuevas.

ABADESA. También manda que la encierren
y den por cárcel su celda,
porque la han dicho que está
endemoniada y que intenta
el demonio por su boca
engañar á los que llegan
á escuchalla cuando habla
fuera de sí en tantas lenguas.

SANTA. No me espanto, que también
llamaba la envidia hebrea
á mi Esposo endemoniado;
razón es que le parezca.
Enciérrenme, que es muy justo,
porque mis culpas no vean,
que por ser tan grandes temo
que ha de tragarme la tierra.

ABADESA. Pena de descomuniación
manda que no hable con ella
ninguna monja.

SANTA. ¡Qué sabio
mandato, qué gran prudencia!
A los que están apestandos
dicen que nadie se llega
porque su mal no les toque.
Los vicios son pestilencia;
como soy tan pecadora
por apestanda me encierran,
y es bien que ninguna me hable
porque de peste [no] muera.

ABADESA. Sabe Dios lo que he rogado
á nuestro Padre por ella;
pero hale dado don Jorge
tan extraordinarias quejas,
que, satisfaciendo á todos,
y aun usando de clemencia,
le da este corto castigo

SANTA. ¡Y qué corto! El cielo quiera,
madres, que yo no lo pague
allá en las penas eternas.

ABADESA. Deje ya los fingimientos,
hermana, y al coro venga
adonde todas la azoten.

SANTA. Vamos muy en hora buena.

MONJA I.ª ¿Es posible que fingida
toda esta santidad sea?

MONJA 2.^a Pues el Provincial lo dice,
que tiene tanta experiencia,
¿quién lo duda? y más sabiendo
que el lobo se finge oveja. (Vanse.)

ESCENA VI

Quedan SOROR EVANGELISTA, la ABADESA y la SANTA.

EVANGEL. Hanme mandado callar,
y el corazón me revienta
viendo padecer mi madre
de pesar y de tristeza;
mas, si son los gustos oro
y sus quilates acendra
la tribulación, ¿quién duda
que Juana ha de salir de ella
con infinitos quilates
para que sirva á la mesa
del infinito Monarca?
Esto sólo me consuela. (Vase.)

ESCENA VII

DICHAS, menos SOROR EVANGELISTA.

ABADESA. Ya se cumplió mi deseo;
en fin, me han hecho Abadesa;
ya se vengará mi envidia
desta hipócrita; contenta
voy en extremo. ¡Oh, qué vida
la pienso dar! No habrá afrenta,
castigo ni menosprecio
que no he de probar en ella. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS menos la ABADESA.

SANTA. A fe, Juana, que os conocen;
alegre estoy de que os tengan
por lo que sois; desta vez
nadie os juzgará por buena.
Quien tal hace, que tal pague;
pagad, Juana, vuestras deudas,
que, pues todas os persiguen,
á todas hacéis ofensa. (Vase.)

ESCENA IX

Salen DON JORGE, LILLO, CRESPO, MINGO y BERRUECO.

DON JORGE.

Los propios del lugar y renta aplico
á mi hacienda.

CRESPO.

¿No basta su encomienda?

DON JORGE.

No repliquéis, villano.

CRESPO.

No replico;
mas, ¿por qué nos despoja de la hacienda?

DON JORGE.

Estoy yo pobre y el concejo rico;
no habrá quien de vosotros me defienda,
que entre villanos mal podrá enfrenallos
si el dueño es pobre y ricos los vasallos.
¿Qué depósito tiene aquí el concejo?

MINGO.

Cien fanegas de pan que da cada año
á pobres del lugar.

DON JORGE.

¡Lindo aparejo
para holgazanes!

MINGO.

No teme ese daño;
porque sólo se da al enfermo viejo
y á la mísera viuda.

DON JORGE.

Ese es engaño;
aplicolo á mi renta.

BERRUECO.

Pues los pobres,
¿qué han de comer cuando su pan los cobres?

DON JORGE.

Remedio habrá para ellos.

BERRUECO.

¿De qué suerte?

DON JORGE.

A los pobres enfermos desterrallos.

CRESPO.

Que eres cristiano y que lo son ad ierte.

DON JORGE.

En Illescas podrán mejor curallos.

BERRUECO.

¿Y á los viejos?

DON JORGE.

¿Los viejos? Darlos muerte,
pues no hay limosna igual como sacallos
deste mal mundo.

MINGO.

¿Y ese es buen consejo?

DON JORGE.

¿Para qué ha de vivir, si es pobre, un viejo?

MINGO.

¡Plegue á Dios que no llegues á esos días!

DON JORGE.

Las viudas hilen, si de edad no fueren
para casarse.

BERRUECO.

Bien tu intento guías.

DON JORGE.

No ha de haber pobres; los que aquí lo fueren
haceldos desterrar, que son harpías
que á nuestras mesas sustentarse quieren;
y un poderoso que los desterraba
ratones de los ricos los llamaba.

CRESPO.

Mejor nombre les da el cristiano celo,
de quien en este mar los llama naves
en que la caridad despacha al cielo
riquezas de que tiene Dios las llaves.
El mundo es mar y en él, cierto, recelo
de sus Caribdis y sus Sirtes graves.
En su golfo se pierde el que navega;
sola la caridad al cielo llega.

DON JORGE.

Predicador villano: ¿tú conmigo
con ejemplos y réplicas te pones?
Vete, si no es que aguardes el castigo
digno de tus hipócritas razones.
No es bien que á pobres se reparta el trigo,
que son de la república ratones.
Vete.

MINGO.

Si limosnero, señor, fueras,
tus vicios, con ser tantos, encubrieras.
(Vanse los tres.)

ESCENA X

Sale MARI PASQUALA.—DON JORGE y LILLO.

MARI. A no salir del convento,
de modo me enamorara
tu divino entendimiento,
Juana santa, que dejara
de dar al cuerpo sustento
por tus palabras, manjar
que desterrando el pesar
dejan el sentido en calma,
pues con las sobras del alma
me pudiera sustentar.
Pero, pues que dél sali
y palabra en tu presencia
de no ofender á Dios di,
no hayas miedo que en tu ausencia
pueda la pasión en mí
lo que ha podido hasta agora,
que, en fin, eres mi fiadora,
y Dios severo acreedor
que cobrará con rigor
si no paga la deudora.
A don Jorge quise bien;
pero ya en ceniza fría
sus torpes brasas se ven.
¡Ay cielos! éste es.

JORGE.

María:
á mi vista albricias den
mis deseos, que en tu ausencia
han mostrado á la experiencia,
en el potro del amor
los tormentos que el temor
suele dar á la paciencia.
¿No me hablas? ¿Por qué enojos?

Pones mi esperanza en duda.
Mas ya sé que son antojos
de amor, que la lengua muda
suele pasarse á los ojos.
Mi María: si no es vano
el amor que te provoca,
ya que por temor liviano
me niega el habla tu boca,
hablar puedes por la mano,
que su cristal me enamora.
¡Ay confianza habladoral
Cuán lejos suele vivir
el prometer del cumplir
he experimentado agora.
Soldado he sido cobarde;
hice en la paz menosprecio
de la guerra, y en su alarde
caí; que es propio del necio
temer el peligro tarde.
Prometí de no ofender
á Dios; pero, ¿qué he de hacer,
si la poca resistencia
me cupo sólo en herencia
de la primera mujer?
De un modo empiezan su nombre
mudanza y mujer liviana;
mudéme, nadie se asombre,
si á Eva vence una manzana,
que hoy á mí me vena un hombre.
¿Qué dices?

MARI.

JORGE.

MARI.

JORGE.

MARI.

Que no quisiera,
por lo bien que me estuviera,
deciros que os quiero bien.
Pues, mi labradora, ven
adonde mi amor te espera.
¿Estas las cenizas son
frías? Mas dejó una brasa
escondida la afición,
y quemaráse la casa,
porque sopla la ocasión.
(Vanse los dos.)

ESCENA XI

Queda LILLO y sale CRESPO.

CRESPO.

Yo, señor Lillo, quisiera
hablar al Comendador.

LILLO.

Por el Lillo y el señor
le llamara si estuviera
para eso; pero está
ocupado.

CRESPO.

Pues ¿qué hace?

LILLO.

Una dueña en quien deshace
lo que ella otra vez no hará.

CRESPO.

Que es cosa y cosa parece.

LILLO.

Cosa sin cosa podría
ser ya.

CRESPO.

¿Quién será?

LILLO.

María

CRESPO.

¿Mari Pasqual?

LILLO.

Esa ofrece,
pues que sabello codicias,
primicias de su hermosura
á don Jorge.

CRESPO.

Pues ¿es cura
para llevar las primicias?

LILLO. Esta es la verdad.
 CRESPO. ¿No estaba en la Cruz?
 LILLO. Hízola echar Juana.
 CRESPO. Yo voy á avisar á su padre, que pensaba que allí la tenía guardada; pero diréle que queda bellaca para moneda.
 LILLO. ¿Por qué?
 CRESPO. Porque está cercenada. (Vase.)

ESCENA XII

Sale DON JORGE maltratando á MARI PASCUALA,
 LILLO.

JORGE. Echa, con la maldición, esta mujer, en quien veo que es la esperanza y deseo mejor que la posesión. ¡Que lo que pretendí tanto tanto me llegue á enfadar!
 LILLO. Amón eres con Tamar; gozástela, no me espanto. Dos caras el gusto pinta, señor, en cualquiera cosa: si es ajena, muy hermosa; pero si propia, distinta. Cuando ajena, cosa es clara que el sol era su traslado; pero ya que la has gozado verás la segunda cara.
 MARI. ¿Así se paga el honor de una mujer, fementido? Mas de honras, ¿cuándo ha sido el mundo buen pagador?
 JORGE. Déjala y ven. (Vase.)

ESCENA XIII

Dichos, menos DON JORGE.

MARI. Oye, escucha... ¡Ah tirano; ¿así te vas? Mas la deuda negarás, que es costumbre cuando es mucha. Paga como caballero; pero dirás, y es verdad, que perdió la voluntad el gusto, que es su dinero. Que eres noble considera.
 LILLO. Pasito, Mari Pasqual, que no fuera él principal si pagara y no debiera; y si de palacio el trato sabes, ten por negocio hecho que eres mía de derecho, porque he levantado el plato. Si te dejares comer mi apetito estimarás.
 MARI. Como imitándole estás, vendrás tan infame á ser como el señor, de quien eres

torpe solicitador, sin sentir tu vil señor que te sirvan las mujeres que él deshonor, de despojos. Pero, afrentoso alcahuete, aguárdame, y sacaréte, porque no lo seas, los ojos.
 LILLO. ¿Porque á mi amo ha servido tantos humos ha cobrado? Advierte que es del criado todo el ropaje traído; y que aunque el Rey tenga un bayo de notable estimación, quitado el caparazón, le corre cualquier lacayo. (Vase.)

ESCENA XIV

Queda MARI PASCUALA.

¿Estos son pagos del mundo, en deudas tan merecidas como son deudas de honor cuando se acercan sus ditas? ¿Así se cumplen palabras con lágrimas ofrecidas, con promesas intimadas, con ansias encarecidas? ¿A questo es ser caballero? ¿En esta nobleza estriba el valor que España ensalza y estimaron mis desdichas? ¿Mudables, dicen que son las mujeres, ofendidas de tantas lenguas mordaces tantas plumas enemigas? ¿Esto es ser hombre, de quienes tantas virtudes se afirman, tantas hazañas se alaban, tanta firmeza publican? Si así los hombres son que España cría, ¡mal haya la mujer que en hombres fia! ¡Ah ingrato y necio pastor! ¿la oveja dejas perdida para que lobos la coman después que la lana esquilmas? ¿Cómo, cielos rigurosos, si es verdad que la justicia desterrada de la tierra vuestro tribunal habita, no castigáis este ingrato, pues no valen allá arriba las dádivas ni el poder que tantas varas derriban? Justicia os pide mi agravio de un traidor que famas quita, de un hombre, en fin, que en ser hombre será la mudanza misma. Mas, pues deudas de honor tan presto olvidan, ¡mal haya la mujer que en hombres fia! Pero, alma: ¿de qué os quejáis de promesas no cumplidas, si la palabra quebrastes que á Dios distes este día? Si os quitó don Jorge la honra, por vos quitaron la vida

espera, que Dios en ellas tus cargos y cuentas libra. (Dale un Rosario y desaparece.)

ESCENA XVI

MARI PASCUALA sola.

¡Oh mil veces santas cuentas; milagrosa medicina de precipitadas almas! Por vosotras reducida, confieso y tengo por fe que á un «pequeño» del alma, olvida Dios infinitas ofensas. Pequé, Señor, mi alma diga. En la Cruz he de ser monja; vuestra Majestad permita que sus religiosas santas me lo otorguen, aunque indigna, que, como la Cananea, las migajas y reliquias de su venturosa mesa podrán sustentar mis dichas.— Juana: por vuestra oración me ha dado el cielo dos vidas, la del alma y la del cuerpo. Misericordia infinita: pues perdonáis ofensas cada día, ¡bien haya la esperanza que en vos fia!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale LA SANTA, presa, á una reja.

Presa estoy por mi Abadesa, y en esta celda reclusa, que, á quien tan mal del bien usa, justo es que la tengan presa. Castigado el loco asesa; el contento me provoca desta pena que, aunque es poca, los que me reverenciaban y la santa me llamaban ya me llamarán la loca. ¡Qué buen nombre me darán y qué contenta estuviera si llamarme loca oyera á los que en mí hablando están! Leve castigo me dan para hallarme tan culpada; pero tengo una prelada tan apacible conmigo que juzgará á gran castigo el tenerme aquí encerrada. Suele el preso entretener la pena y melancolía que el temor y el ocio cría, ya en jugar y ya en leer; lo segundo quiero hacer

á Dios; si él os ha dejado, sin Dios andáis vos perdida. Yo prometí no ofender su Majestad infinita, Juana salió mi fiadora; mas ¿quién de ocasiones fia? ¿Tendrán perdón mis pecados? No; que es la ofensa infinita. ¿No puede Dios perdonarme si le llamo arrepentida? Sí puede, mas no querrá; pues ¿será razón que viva mujer que perdón no aguarda y de un hombre fué ofendida? Eso será gran deshonor; pues ¿quitaréme la vida? Sí; que ya estoy condenada, y el Angel que en compañía y guarda el cielo me dió me ha dejado, porque escrita ha visto ya la sentencia, por mi mal, definitiva. ¿Adónde un lazo hallaré? Mas ¿será tal mi desdicha que aun le faltará á mi muerte el instrumento homicida? Dadme, verdugos eternos, un cordel, que al que castigan de balde le da la soga con que muera, la justicia.

(Echanta un cordel.)

¿Qué es esto? ¡ay de mí! Una soga me arrojaron desde arriba. ¡Que por tan cruel salario halle el mundo quien le sirva! Dádivas son del infierno que promete oro de Tíbar y teje sogas de esparto que esperanzas precipitan. Pero ¿qué mucho, si á Dios, cuando con pan le convida, en vez de pan le dé piedras que en sogas libre sus ditas? Matad, pues, cuerda, una loca desesperada y precita, que quien el honor perdió justo es que pierda la vida.

El desprecio de un hombre es mi homicida: ¡Mal haya la mujer que en hombres fia!

ESCENA XV

Quiere ahorcarse, baja de arriba LA SANTA, volando, y detiénela.—Dicha.

SANTA. Detén la bárbara mano. ¿Por qué, ingrata, desconfías de Dios misericordioso y apelas de su justicia? Quien perdonó á Magdalena te perdonará, María, pues es su misericordia, como entonces, infinita. Pide con ella perdón, y en estas cuentas benditas

sin dar lugar á querellas.
Libros sois, máquinas bellas,
de milagrosa doctrina,
con signos de estampa fina,
cuyas letras son estrellas.
Once cuadernos encierran
vuestras hojas soberanas,
en cuyas escritas planas
tantos filósofos yerran.
Los polos fijos que cierran
este libro y su tesoro,
son las manecillas de oro,
y el sol y la luna son
la hermosa iluminación
que hizo el libro que adoro.
En esta hermosa cartilla
que, cual pergamino extiende
el Maestro eterno, aprende
toda criatura sencilla.
El sabio se maravilla
como el ignorante en vella,
y sin poder comprehendella
sino su Autor soberano,
desde el hombre hasta el gusano
están delectando en ella.
Aves, que con varias plumas,
dándoos el viento papel
estáis escribiendo en él
de Dios las grandezas sumas.
Peces, que cortando espumas
formáis círculos mejores;
hierbas, que en tantos colores
cartas al cielo escribís;
fuentes claras que imprimís
vuestros lazos en sus flores,
pues andamos á esta escuela
y deste libro la fe
nos enseña el abecé
que el más letrado desvela,
daros lición me consuela.
Aquí os podéis allegar,
pues que nos sobra lugar,
y ya la Abadesa mía
á las gentes, cual solía,
no me deja predicar.

(Descúbrese un campo con aves y un río
con peces, oyendo predicar á La Santa.)

Mi Seráfico llagado
predicaba muchas veces
á las aves y á los peces
cuando no estaba en poblado.
Pues solos nos han dejado,
ea, hermanos pajaricos,
de plumas y voces ricos,
llegaos de dos en dos.
Animalejos de Dios,
plateados pececicos:
venid todos y escuchad
con atención y respeto;
ninguno me esté inquieto,
que le azotaré en verdad.
La Divina Majestad
repartiendo su tesoro
en este esférico coro
su providencia dilata
criando peces de plata
y aves de esmeralda y oro.

Junto al líquido marfil
pasa la fresca ribera,
con cortes que primavera
trujo al apacible Abril.
Luego dió al Mayo sutil
tornasolados plumajes
de ramas y flores, trajes
con que sus pajes compuso,
que, pues casa al hombre puso,
bien es que la vista pajes.
Después el pródigo Agosto
cubrió de manojos rubios
las eras desde los ubios
del carro largo y angosto;
y luego, en sabroso mosto,
pasado el estío enjuto,
dió generoso tributo
Septiembre á los labradores,
porque después de las flores
quiere Dios que demos fruto.
Reinó luego el cierzo frío:
de Enero la barba cana
dando de nieve la lana
al monte, el cristal al río;
el escarchado rocío
sobre el campo siembra y vierte;
que como año (si se advierte)
llega la edad más cumplida
desde el Abril de la vida
al invierno de la muerte.
En otros tiempos diversos
Dios, con manos liberales,
sustenta á los animales,
peces y aves universos,
para que, en compuestos versos,
alaben perpetuamente
entre sus guijas la fuente,
y con agudos y graves
entre los ojos las aves
y entre los pueblos la gente.
Cada cual al cielo avisa,
que esta obligación forzosa
cumple el campo con su rosa
y el arroyo con su risa.
Sólo es del hombre divisa
la ingratitud, que procura,
como no ve la hermosura
de su eterno bienhechor,
por olvidar el Criador
perderse por la criatura.
Pero, aunque pueda aprender
de vuestra obediencia el hombre,
hermanicos, no os asombre
que tenga que reprehender:
la hormiga no ha de querer
que el avaro, siempre pobre,
alas con su ejemplo cobre
para que adquiriera y no gaste,
bueno es llevar lo que baste,
malo es llevar lo que sobre.
¿Por qué vos, hermana hormiga,
lisonjera del montón,
á la gula dais ficción
porque su apetito siga?
Siempre del comer amiga,
pues, en trabajos y fiestas
por los llanos y las cuevas,

como el avariento humano,
sois ganapán del verano
llevando tercios á cuevas.
No es esto bien hecho, hermana,
ya es supérfluo ese cuidado;
quien hoy os ha sustentado
os sustentará mañana.
Y el avecilla liviana
que con las alas y pico
acude al sembrado, que es
la vida y sustento humano,
que para comer un grano
deja descubiertos tres,
¿qué merece? ¿Esto es bien hecho?
¿No es como el pródigo loco
que, habiendo menester poco
para quedar satisfecho,
desperdicia sin provecho
la hacienda suya y la ajena?
Come el ave, enhorabuena,
si le basta un grano ó dos,
que para todos da Dios;
mas el perderlo condena.
Y la hermana golondrina
que en los santos edificios
quiere estorbar los oficios
de la Majestad divina
cantando, ¿es buena vecina?
Por muy mala la contemplo,
pues con sus voces da ejemplo
á los que en conversación
la casa, que es de oración,
hacen sarao y no templo.
Cuando el sacerdote canta,
callad, hermana picuda,
que á veces la lengua muda
merece nombre de santa.
El perro leal me espanta
de ver que tanto amor cobre
al rico, que ladre al pobre:
esa es poca caridad,
que el pobre en la calidad
es oro, y el rico es cobre.
También en reñir me fundo
los peces, que, cual los ricos,
los grandes tragan los chicos,
pegando esta peste al mundo.
Aunque el siglo es mar profundo,
no es bien despreciar los buenos,
que, si agora valen menos,
son norias los señoríos
donde bajan los vacíos
y vuelven á subir llenos.
Ea, acábase el sermón,
con que cuantos aquí estamos
ensalcemos y sirvamos
al Divino Salomón;
él os dé su bendición.
¡Hermanos animalejos:
de los hombres sois espejos!
Adiós; tomen este pan
y mañana volverán;
daréles nuevos consejos.

(Encúbrese el campo.)

De completas es ya hora;
quiero, mi Jesús, rezarlas.
¡Ay, quién oyera cantarlas

vuestra capilla sonora!
Aunque soy mala cantora,
yo sé, Amor, que no os pesara
si algún motete entonara,
haciendo á mis dichas fiesta.
Pero ¿qué música es ésta?

ESCENA II

Aparécese con música SAN ANTONIO DE PADUA con el
Niño y el ANGEL con una corona de flores.

SANTA. ¡Oh luz apacible y clara!
JESÚS. ¡Esposa mía!
ANTONIO. ¡Mi hermanal!
SANTA. ¡Mi Jesús, mi San Antonio!
El Niño dé testimonio
de lo que vuestro amor gana.
ANTONIO. ¿Quieres tenerle tú, Juana?
SANTA. No soy digna como vos
de ese bien; gozaos los dos,
que, como en dichosos lazos
siempre le traéis en los brazos,
parecéis madre de Dios.
JESÚS. De esposo te vengo á dar
esta sortija. (Dale una sortija.)
SANTA. ¡Qué bella!
Vos seréis diamante en ella,
que sois la piedra angular.
Bien hacéis en visitar
los presos, dueño querido.
JESÚS. Juana: quien te ha perseguido
está á la muerte.
SANTA. ¡Ay, mi bien!
¿Quién me ha perseguido?
JESÚS. ¿Quién?
SANTA. Tu Vicaria.
Aquesa ha sido
mi madre y es mi Abadesa.
JESÚS. Siempre te ha querido mal,
y con castigo inmortal
lo ha de pagar.
SANTA. No es paga esa
digna del bien que confiesa
mi alma haber recibido
por su causa, que si he sido,
mi Dios, presa y castigada,
soy mala, y es mi Prelada,
bien lo tengo merecido.
Hábéisla de dar perdón
por mi ruego, Esposo santo;
dalda doloroso llanto
y muera con contrición;
ablandalda el corazón,
ó no os soltaré tan presto.—
Mi Jesús, yo quiero esto:
¿habéislo de hacer por mí?
Decid sí.
JESÚS. Digo que sí.
SANTA. ¡Echó mi ventura el resto!
JESÚS. ¿Qué me pedirás, esposa,
que no haga?
SANTA. ¡Ay, dueño amado!
JESÚS. Estoy muy enamorado
de ti.
SANTA. Y yo muy venturosa.
(Pónela El Angel la corona.)

JESÚS. Con esta corona hermosa que Laurel, tu ángel, te pone, tu constancia te corone.
 SANTA. ¿Dejáisme?
 JESÚS. Quédate á Dios. (Encúbrese.)
 SANTA. Eso es quedarme con Vos. Mi dicha el mundo pregone.

ESCENA III

Sale SOROR MARÍA EVANGELISTA y MARI PASCUALA de monja. — La SANTA.

EVANGEL. Madre: la Madre Abadesa se nos muere.
 SANTA. Ya lo sé.
 EVANGEL. No quiere que esté más presa, si no que perdón la dé de las culpas que confiesa.
 MARI. Muestras de extraño dolor tiene.
 SANTA. Gracias al Señor, que su pecho ha vuelto tierno.
 EVANGEL. Teme que ha de ir al infierno.
 SANTA. De eso no tenga temor, que ni se ha de condenar ni ha de ir al Purgatorio.
 EVANGEL. ¡Qué favor tan singular!
 SANTA. Al eterno desposorio mi Jesús la ha de llevar.
 MARI. A vos, ¿cómo os va, María? Como en vuestra compañía, madre santa, que es del cielo. Mas de Don Jorge recelo; porque de nuevo porfia á perseguirme después que sabe que monja soy; temo mi flaqueza, que es, al fin, de mujer.
 SANTA. Yo os doy palabra que el interés de su torpe amor, María, ha de volverse este día en devota pena y llanto. Don Jorge ha de ser un santo.
 MARI. Pedildo á Dios, madre mía.
 SANTA. Confiésoos este favor de mi amoroso Señor, que es muy largo y liberal; yo he de dar bien por mal si fué mi perseguidor.

ESCENA IV

Sale una MONJA.—DICHOS.

MONJA. Madre: la Abadesa os llama; porque dice que sin vos todo es pena.
 SANTA. Mucho me ama; vamos, que á gozar de Dios volará desde la cama. (Vanse las tres.)

ESCENA V

Queda MARI PASCUALA y sale otra MONJA con un cestillo de fruta.

MONJA. Su padre, hermana, le envía esta fruta; la andadera se la trajo á la tornera.
 MARI. Yo la estimo, madre mía. ¿Quiere della?
 MONJA. Haráme daño y soy mala comedora. Adiós. (Vase.)

ESCENA VI

MARI PASCUALA sola.

¿Fruta mi padre ahora? Regalo es si no es engaño. El cestillo quiero ver. Manzanas son y un billete; todo engaños me promete; aquí he aprendido á leer un poco. ¿Cúyo será, que mi padre nunca escribe? ¿Si es de don Jorge en quien vive el fuego que apagué ya? ¡Oh, qué mala fruta nueva será y qué triste presente, si es don Jorge la serpiente que engaña con fruta á Eval! ¿Otra vez el corazón rendís, mudanzas livianas? ¡Ay, hechizadas manzanas, y ay, hechicera afición! Imposible es no miralle, pues ha de ser, sin creelle, abrilla para lelle, lelle para rasgalle. ¡Las mentiras que habrá en éll! Una manzana ligera engañó á Eva: ¿qué hiciera con manzanas y papel?
 (Lee la carta.)

«Para castigo de mi ingratitude basta ausencia de un mes; y para premio de mi amor que, como fénix, renace de las cenizas del pasado, determinate esta noche á aguardarme, á las doce, junto á las paredes más bajas de la huerta de esa casa, que, pues no eres profesa en ella y yo si en quererte, á esa hora las asaltaré, para que con secreto (si tú quisieres) satisfaga quejas pasadas, ó con el alboroto, si te resistes, dé que decir á todos. No aguardo respuesta, porque, de una manera ó de otra, tú sola lo has de ser, á quien el cielo guarde.
 Don Jorge.»

Resuelto el mudable está: cieios, ¿qué responderé? ¿Persuadiréme y creeré que don Jorge pagará segundas prendas de amor

ESCENA VIII

Sale DON JORGE como de noche. — LILLO durmiendo.

con promesas lisonjeras, si despreció las primeras, de más estima y valor? No; mejor es excusar el rigor de la justicia de Dios. Mas ¿no soy novicia? Segura puedo dejar el hábito; ¡qué cruel pensamiento! ¿Pagará mi amor quien en arras da de mi honor un vil cordel? ¿Dirélo á mi madre Juana? No, que viéndome dudosa podrá ser que rigurosa me castigue por liviana. Ya es de noche; ¿qué he de hacer? Amparadme, Juana, vos, pues, os suele decir Dios lo que ha de suceder. (Vase.)

ESCENA VII

Sale solo LILLO, de noche.

LILLO. ¡Par Dios, que me trae don Jorge en buenos pasos! Mas son, los pasos de la Pasión. El diablo temo que forje alguna trampa en que demos. Su mudable natural, gozada Mari Pasqual y empalagado, hizo extremos. Dejóla, metióse monja, y agora la privación como si fuera eslabón y el alma yesca de esponja, tal fuego ha venido á dar que, loco, hace juramento que ha de entrar en el convento y otra vez la ha de gozar. Y á mí que toda la tarde jugando he estado y bebiendo, y quisiera estar durmiendo, me manda que aquí le aguarde. He cargado delantero, que soy devoto de Baco, y por mi devoción saco soplando el ánima á un cuero. Dos mil candiles y luces me representan en vano, y como soy buen cristiano con los pies hago mil cruces. Pienso que doy al través tropezando, y por más mengua pronunciando erres la lengua, escriben equis los pies. Sentado podré aguardalle. ¿Bostecitos? brindis son, al sueño; haré la razón aunque me duerma en la calle; que quien de Baco es amigo y á tragos sus pechos mama, jamás dormirá sin cama, que siempre la trae consigo.

JORGE. Lo que desprecié deseo, que es niño amor, y apetece hoy lo que ayer aborrece. Ya tendrá Pascuala, creo, el papel que la escribí; su amor puede asegurarme que debe ya de esperarme. A Lillo mandé que aquí me aguardase; ¡buena guarda tendrá en él mi pretensión! Pero si mujeres son tímidas, ¿qué me acobarda? No está la pared muy alta para las alas de amor; pero no, que si es traidor quien del Rey la casa asalta, ¿qué será quien la de Dios quiere escalar? Mas dejemos, alma, temores y extremos, porque no digan de vos que amáis poco. Alto, cuidados, subid, que no hay que esperar. (Entre sueños.)
 LILLO. Digo que tengo de echar (pues que soy mano) los dados; juega y calla.
 JORGE. Si está dentro quien adoro, ¿en qué repara mi recelo? Subo.
 LILLO. Pára.
 JORGE. ¿Que pare! Pues ¿qué hay?
 LILLO. Encuentro.
 JORGE. ¿Encuentro? Luego ¿otro amante la goza dentro? ¡Ay de mí! mataréle si es así. Pasemos, alma, adelante que éstos son todos encantos; ¿qué me puede resultar de entrar y sacalla?
 LILLO. Azar.
 JORGE. ¿Qué será esto, cieios santos? ¿Quién mi daño pronostica? ¿Azar me ha de suceder? Hechizos deben de ser que aquella Juana fabrica por que mi amor vuelva atrás; pues en vano será.
 LILLO. Espera.
 JORGE. ¿Qué quieres, voz?
 LILLO. Salte afuera.
 JORGE. No quiero.
 LILLO. Pues perderás.
 JORGE. ¿Qué hay que temer?
 LILLO. Mala suerte.
 JORGE. Hechizos son, pero en vano; subo.
 LILLO. Espera, echa otra mano.
 JORGE. Que eche á otra mano me advierte; luego ¿no voy bien por ésta?
 LILLO. No, vuelve otra vez á echar el dado.
 JORGE. Que vuelva á amar otra mujer me amonesta.

No sé, por el cielo eterno,
lo que haga.

LILLO. Ya has perdido.
JORGE. ¿Qué?
LILLO. El alma paso.
JORGE. Sentido:
¿adónde vais?
LILLO. Al infierno;
paso.
JORGE. Déjame gozar
á Pascuala, y venga luego
los que en el eterno fuego
se abrasan.

LILLO. Siete y llevar.
JORGE. Lillo es, por Dios, que dormido,
mi amor ha puesto en cuidado,
pues todo lo que ha soñado
de mi mal presagio ha sido.
Aumentado ha mi temor
por lo que durmiendo acierta.
¡Borracho, loco, despierta!

LILLO. (Dale de coces.)
Barato fuera, señor.
(Levántase.)
Como has venido tan tarde,
que par Dios, que me dormí.
JORGE. Buena ayuda tengo en tí!
Vuélvete á casa, cobarde,
y haz que venga alguna gente
por si fuere menester.
LILLO. ¿Quieres subir?
JORGE. ¿Qué he de hacer?
LILLO. Ya yo sé que eres valiente;
mas una escala no es nada
á estos tiempos.
JORGE. Vuelve aquí
con la escala.
LILLO. Harélo así. (Vase.)

ESCENA IX

DON JORGE, solo.

Las monjas que con Pascuala
están no pondrán en duda
mis violentos pareceres,
que huirán como mujeres
viendo una espada desnuda.
Mal hago; pero al fin sigo
mi inclinación; della espero
mi contento; subir quiero.
Amor: venid en mi ayuda.

ESCENA X

Al querer subir, se aparece la SANTA arriba de rodillas, y á su voz se retira y estremécese, temeroso de lo que dice.

SANTA.

Don Jorge: ¿dónde vas? ¿qué es lo que intenta
tu juventud liviana?
Ten cuenta que mañana has de dar cuenta
á Dios, severo Juez, y que mañana
te espera, cuando todos te hacen cargo,
larga cuenta que dar de tiempo largo.
(Desaparece.)

ESCENA XI

DON JORGE, solo.

¿Larga cuenta que dar de tiempo largo?
¿Y hasta mañana vivo?
¿Tan corto el plazo, tan probado el cargo?
¿Tan poco el gasto de tan gran recibo,
y que me aguarde, cuando más vicioso,
término breve, tránsito forzoso?
Alma: ¿sois de diamante?, ¿sois de piedra?
Si es la muerte el gusano
de Jonás, que la vida como hiedra
derribas, ¿qué esperáis, intento vano,
si mañana he de ver á lo más largo
terrible tribunal, juicio amargo?
Perdiendo la ocasión, perdí la vida
en la torpeza y vicio.
¿Qué espera, pues, un alma tan perdida?
Sin juicio viví, pues el juicio
no temí, que es por ser tan riguroso
aun á los mismos santos espantoso.
Todos son contra mí, todo me culpa;
no tengo cosa buena
que poder alegar en mi disculpa,
ni vale aquí el favor contra la pena,
porque es en tribunal tan espantoso
recto el Juez, y entonces riguroso.
Pues, alma, demos vuelta; si hasta agora
de vicios sois trasumpto,
que Dios perdona al pecador que llora;
no perdáis punto, porque en solo un punto
ganaréis si lloráis contrito y tierno,
punto en que va á gozar de Dios eterno.
Por un «pequeño» perdona de improviso
Dios al salmista hebreo;
á Dimas da un momento el Paraíso;
por cambio, el cielo, en cambio da á Mateo.
Alma: en tu mano está, ó el premio eterno,
ó el penar para siempre en el infierno.

ESCENA XII

Sale LILLO.—DICHOS.

LILLO.

Señor: ¿subiste ya?, ¿salió Pascuala?
Siis criados de casa prevenidos
traigo, que es cada uno un Rodamonte.

DON JORGE.

¡Ay, Lillo! Pues ¿podrán esos seis hombres
defenderme del trance riguroso
de un Dios que es Juez severo y poderoso?

LILLO.

¿Cómo es esto? ¿Ya hablas capuchino?
¿Qué has visto?

DON JORGE.

La sentencia de mi muerte;
mi mala vida, el libro de las cuentas
que ha de ajustar mañana Dios conmigo:
¡Ay del que espere dar cuenta tan mala!

LILLO.

Que, en fin, ¿ya no te acuerdas de Pascuala?

DON JORGE.

Mortal estoy, yo siento que me muero.
Juana: si quien os ha cual yo ofendido
merece que por vos perdón alcance,
imitad vuestro eterno y santo Esposo,
que por sus enemigos á su padre
rogó en la cruz; pedilde que no muera
sin el dolor perfecto de mis culpas;
no permitáis que para siempre pene,
no permitáis que mi alma se condene.

LILLO.

Salud tienes agora, mozo eres;
¿quién te metió en los cascos que te mueres?

DON JORGE.

Mañana pagaré el común tributo.

LILLO.

Aún no tan malo si me cabe un luto.
Dí, ¿qué tienes, señor?

DON JORGE.

Culpas sin suma;
la justicia de Dios es libro y pluma.

LILLO.

¿Tú eres don Jorge?

DON JORGE.

Soy mortal que basta.

LILLO.

¿Qué temes?

DON JORGE.

Del alcance el mal descargo,
larga cuenta que dar de tiempo largo. (Vanse.)

ESCENA XIII

Salen la SANTA y las MONJAS.

EVANGEL. Madre: ¿que os vemos ya libre?

¿que se alegra vuestra casa
otra vez con vuestra vista?

MONJA 1.^a ¡Que por vuestra oración santa
murió la que os perseguía
como un ángel!

MONJA 2.^a ¿Quién no alaba
vuestra virtud, madre nuestra?

SANTA. Hijas: demos muchas gracias
á mi soberano Esposo,
pues goza nuestra Prelada
de su presencia divina
en su celestial alcázar,
y dadme los brazos todas.

MONJA 3.^a Corridas y avergonzadas,
las que antes la persiguieron,
la piden perdón. (De rodillas todas.)

SANTA. Hermanas:
alzad del suelo, abrazadme.

ESCENA XIV

Sale MARI PASCUALA.

MARI. Madre mía: pues alcanza
todo lo que á Dios le pide,

duélase (1) agora de un alma
que en el trance de la muerte
invoca su ayuda santa.
Don Jorge se está muriendo;
quísele bien, madre amada,
sentiré que se condene
por mí, que he sido la causa
de los desatinos suyos.

SANTA.

Esas lágrimas me agradan;
lástima tengo á don Jorge;
no permita Dios que vaya
al infierno. Hermanas mías:
lloremos todas, que alcanzan
las lágrimas cuanto pueden.
Todas al coro se vayan
á rogar á Dios por él,
mientras que yo, arrodillada,
suplico á quien derramó
por él su sangre en el ara
de la cruz, que no permita
tanto mal, desgracia tanta.

MARI.

Vamos, madres, que ya voy
con cierta fe y confianza
que don Jorge ha de salvarse,
aunque son sus culpas tantas.

(Vanse.)

ESCENA XV

La SANTA sola.

Hoy es viernes de la Cruz
y de la Semana Santa
el día más misterioso,
de más dolor, de más gracia.
La cruz tiene á Dios clavado,
que es su tálamo, su cama,
su cátedra, su palenque,
su esposa, su enamorada.
En otra cruz quiero yo
ponerme, que, si le agrada
tanto la cruz á mi Esposo,
¿quién duda que por su causa
me dará cuanto le pida? (Crucifícase.)
¡Ay mi Dios, y quién pasara
en este madero santo
los tormentos, penas y ansias
que pasastes Vos por mí!
¿Yo el pecado, Vos la gracia;
yo en regalos, Vos en cruz;
Vos con tormentos, yo sana?
¡Ay Jesús del alma mía!
Vuestros dolores traspasan
mi abrasado corazón,
mis encendidas entrañas.
¡Ay Seráfico Francisco,
quién con las insignias santas
os viera que el Serafín
os dió por joyas preciadas!
Vos que imitación de Cristo
sois vos en quien se retrata,
vos en quien su pasión pinta,
vos en quien puso sus llagas,
venidme á ver y lloremos
los dos el ver cuál maltratan
los lobos nuestro Cordero.

(1) «Dúdade» en el original.

ESCENA XVI

Aparécese SAN FRANCISCO en cruz con el serafín, como se pinta.—La SANTA.

FRANC. Contigo estoy, hija cara.
SANTA. ¡Oh, Alférez de Dios humano,
dosel donde están sus armas,
imitación de su vida,
depósito de sus llagas!
Desde aquí las reverencio;
Mayordomo de su casa,
vos sois sus pies y sus manos,
su magnate, su privanza.
Bien os están los rubies;
buen provecho, santo, os hagan.
¡Qué envidia tengo de veros,
si envidia puede haber santa!

ESCENA XVII

Aparécese CRISTO crucificado.—DICHOS.

CRISTO. Hija: porque no la tengas
y porque no es razón haya
cosa que no comunique
con su prenda quien bien ama,
ven para que imprima en ti
las señales soberanas
de mi pasión y dolores.

SANTA. Yo, Majestad sacrosanta,
no merezco tal merced,
ni los que os ven cara á cara
en vuestra divina corte
son dignos de merced tanta,
cuanto más un vil gusano
como yo, aún menos que nada.

CRISTO. Esposa: yo gusto desto.
SANTA. Si Vos gustáis, vuestra esclava
soy, amantísimo Esposo;
vuestra voluntad se haga.

(Va subiendo la Santa y Cristo bajando hasta el medio del tablado, y allí se juntan y abrazan en cruz los dos.)

SANTA. ¡Ay qué dolor, Jesús miol
¡que me muerol Basta, basta,
que las llagas que me dais,
el corazón me traspasan!
(Apártanse y queda la Santa en cruz en el aire con las llagas.)

CRISTO. Hasta mi Ascensión gloriosa
has de estar así.

SANTA. ¡Hay tal paga
de amor y de voluntad!
No oso mirarme adornada
con joyas de tanta estima.

FRANC. Hija: ya mi dicha iguales.
SANTA. No hay con vos igual ninguno,
Seráfico Patriarca.
Pero, Esposo de mi vida,
no es día hoy de negar nada;
don Jorge se está acabando,
no permitáis que su alma
se condene.

CRISTO. Ya murió,
y por amor de ti, Juana,
padece en el Purgatorio.

SANTA. Yo os doy infinitas gracias,
Señor, por tantas mercedes.

CRISTO. Abrazame, prenda amada.

SANTA. ¿Dejáisme?

CRISTO. Contigo quedo.

SANTA. Sí, que siempre mi alma os aguarda.

ESCENA XVIII

*Vuelve CRISTO á bajar, abraza á la SANTA, desape-
récese y queda la SANTA sola.*

¡Qué rica estoy de
Si el avaro el oro g
joyas, guardaros preter
porque nadie os vea en casa.
Las cinco quinas me ha dado,
sin ser yo reina, por armas
mi Esposo; mas como es Rey
razón es que yo las traiga.
Voime á contemplar en Vos,
mi manirroto Monarca,
que si á mí me ven mis monjas,
querrán decir que soy santa.

ESCENA XIX

Encúbrese, salen algunas MONJAS y SOR EVANGELISTA

EVAGEL. El Emperador está
otra vez, madres, en casa,
que con venir de camino
quiere ver la madre Juana,
y luego á Madrid partirse.

UNA. Vamos, pues, madre, á avisalla
y abrid las puertas, que al César
no ha de haber puerta cerrada.

(Vanse.)

ESCENA XX

*Salen el EMPERADOR, acompañamiento y los LABR-
DÓRES.*

CARLOS. A no atajalle la muerte,
vuestras injurias vengara.

MINGO. Pues es muerto, gran señor,
no queremos más venganza
ni en premio de la lealtad
que siempre este pueblo guarda,
sino ser vuestros.

CARLOS. Yo aceto
tan fiel y justa demanda.
No tendréis otro señor.

CRESPO. Vivas más años que sarna
y qué ha que en Castilla viven
las coplas del perro de Alba.

ESCENA XXI

Salen las MONJAS.—DICHOS.

MONJA 1.ª Dadnos, señor, esos pies.

CARLOS. Alzad; religiosas santas,

del suelo, alzad de la tierra.
¿Dónde está la Madre Juana?

(Descúbrese como estaba antes.)

MONJA 2.ª Hala concedido Dios
la maravilla más alta
que, despues de San Francisco,
gozó criatura humana.
En manos, pies y costado
impresas tiene las llagas
de su soberano Esposo,
en quien está transformada.

CARLOS. ¡Oh gran señor, aquí
¡Oh gloria de nuestra España!
¡Oh y manos dichosas!
¡Oh quiero besallas.
¡Oh que haya mujer en el mundo

en Toledo y en su Sagra
que tanto de Dios alcance!
De ternura se me abrasa
el corazón, madres mías;
estimad tan grande santa,
guardad tan preciosa joya.
¡Gran milagro!

UNOS.

TODOS.

CARLOS.

¡Cosa extraña!
Vamos, que no somos dignos
de vista tan soberana.

¡Oh, portentosa mujer,
no cesen tus alabanzas!

UNO.

Si esta segunda comedia,
Senado ilustre, os agrada,
con la tercera os prometo
fin de maravillas tantas.